

de aquellas vestales dulces y modestas, que ante una herida diestramente causada se levantan con alborozo gritando *hic habet*, ó bien se irritan contra el caído, si implora misericordia, y doblan su dedo en señal de muerte á todo trance: aquellas vestales, aquellas vírgenes, expresion de todo lo más puro y espiritual, que soñó el paganismo; aquellas sacerdotisas, cuyo encuentro casual en una calle salvaba la vida del criminal condenado á la última pena, en el Coliseo cuentan las heridas, ordenan el homicidio, y hacen herir una y otra vez, y acribillar y tritular el cuerpo en quien suponen algún aliento de vida.... Preciso ha sido que todos los testimonios, que tales cosas cuentan, sean unánimes, y que ellas sean contadas con toda la sangre fría de la indiferencia, por autores que no tenían interés en desfigurarlas, ni entusiasmo por engrandecerlas, por espectadores habituales de aquellas escenas, para que la crítica razonable y serena haya admitido como una triste verdad *histórica* tan absurda degradacion moral, para que lleguemos á creerla, para que la filosofía moderna llegue á descubrir en el corazón del hombre la fibra, que ama el dolor por el dolor y la sangre por la sangre: se necesita que hayan quedado en pié hasta un centenar de anfiteatros, que podamos aún penetrar en la horrible caverna en donde se daba á las víctimas el llamado golpe de gracia, en la jaula donde los leones y los tigres estaban encerrados al lado del prisionero humano, quizá del mártir: que hayamos leído el programa de aquellos espectáculos: que hayamos tenido en nuestras manos el billete metálico que daba derecho á entrar y á tomar asiento en sus bancos de piedra: que hayamos traducido los certificados de honor que se conferían á los gladiadores jubilados: es preciso descifrar en los mármoles del Vaticano ó en los muros de Pompeya los nombres de los combatientes, el número de sus víctimas, los elogios borrajeados al rededor de sus toscas imágenes, por la ineducada mano de la plebe: ver las muestras oficiales de reconocimiento ofrecidas á los magistrados, que obsequiaban al pueblo con tales fiestas de sangre: es preciso una y otra vez detenerse ante los bajo-relieves antiguos, que nos transmiten la afrentosa verdad de aquellos placeres sanguinarios: es preciso

reparar una por una las inscripciones sepulcrales de los gladiadores, doctores de aquella ciencia; es preciso estudiar los libros de los primeros apologistas del cristianismo, implacables censores de tanta y tan bien descrita abominacion: es preciso oír los ecos del gran poema, que se llama *Actas de los mártires*: es preciso, sobre todo, pasar horas y horas enfrente ó dentro de esta mole colosal del Anfiteatro, expresion épica del *diletantismo* feroz de la sociedad romana.

No es posible poner la planta en los ámbitos del Anfiteatro y dirigir la mirada en derredor de la alta mole que desafía los siglos, sin que luégo al punto venga á la memoria aquel hermoso epigrama de Marcial:

*Barbara pyramidum sileat miracula Memphis,
Asiduis jactet nec Babylona labor.
Aere nec vacuo pendentia Mausolea
Laudibus inmodicis Cares in astra ferant
Ominis Cesareo cedat labor amphiteatro,
Unum pro cunctis fama loquatur opus.*

Dichoso el que puede en edad madura contemplar bajo los arcos derruidos del Coliseo la gran verdad de estos versos, que todos hemos traducido en los días de nuestra juventud, acaso de nuestra infancia. Para escuchar con toda su magnífica elocuencia el lenguaje de los monumentos históricos, es preciso que el alma del viajero, asomándose á la cumbre de su propia historia, estudie á la vez misma, en el pequeño mundo de su sér, el estrago de los tiempos y de las tempestades. Todo cuanto los libros nos enseñan en los años apacibles de nuestra educacion primera, todo está sujeto á una especie de reconstruccion, en que ciencias y artes y pensamientos y gustos se modelan al vario querer del espíritu enfermizo y casi siempre solitario. ¿Qué ideas nos despierta en las aulas el epigrama de Marcial, que encarece el Coliseo de Roma sobre el mausoleo de Artemisa y sobre las murallas de Babilonia y sobre las pirámides de Egipto? Ni siquiera las ideas de lo grandioso, que son para la inteligencia juvenil igualmente desconocidos todos los términos de la comparacion; en cambio, la visita al Coliseo, en la segunda mitad del viaje de la vida, proporciona un punto de vista moral,

como no lo ofrece ninguna otra altura del mundo que habitamos.

Al recorrer hoy en silencio aquella vasta fábrica, más alta que las colinas, gigantesca como un conjunto de palacios; al contemplar aquella elipse imponente, donde resonaron los gritos de cien mil espectadores y los mugidos espantosos de las fieras, y los ecos de la muerte y el estrépito de un pueblo ébrio con el vapor de la sangre, no hay espíritu tan frío ni inteligencia tan escéptica, que no descubra el abismo que separa dos civilizaciones, entre las cuales no hay, sin embargo, más frontera que una cruz. En el Coliseo de Roma, ahora silencioso y solemne, predica sin cesar la voz de los siglos y la voz de la historia. ¡Cuánto bien trajo al orden y armonía de las sociedades y á los fueros de la personalidad humana aquella noción de la caridad, que los antiguos pueblos gentiles no vislumbraron siquiera!

Porque, en verdad, los pueblos antiguos, aquellos anteriores al romano, que se dicen sus maestros, que se reputan por el vulgo de las gentes cuna de toda civilización y foco principal de toda luz, aquéllos cayeron en los mismos errores y en las mismas abominaciones contra la dignidad del hombre, de la criatura predilecta formada á imagen y semejanza del Criador. Antes que los romanos, los cartagineses arrojaban ya, vivos, para pasto de las fieras, á los rebeldes y á los desertores: en el Asia no debía ser desconocido este horrible suplicio, pues la historia de Daniel abandonado á los leones está por encima de toda crítica: aún en los días más florecientes de la Grecia hay sobrados motivos para suponer que fueran en uso los espectáculos sangrientos, que el Circo de la Roma republicana y el Anfiteatro de la Roma imperial llevaron al más repugnante extremo de fiereza.

Los emperadores Flavios, queriendo atenuar el efecto de una tiranía, halagan otra tan odiosa como aquélla: trasladando á la majestad del pueblo una parte de la grandeza, que quitan á la loca majestad de Neron, sólo consiguen distraer, aturdir, como ahora se dice, con el ruido de los juegos y con el esplendor de las fiestas una sociedad que no trabaja, que no piensa, que va

perdida en un bosque, sí, de estatuas y de laureles, pero perdida irremisiblemente. El circo Máximo, á pesar de ser máximo, á pesar de sus gigantescas proporciones, que daban cabida á 2.500.000 personas, no bastaba, ya lo hemos dicho, para la diversion y recreo del pueblo romano. Para los templos, para la casa de los emperadores, para las moradas de otros insignes personajes, la arquitectura habia desplegado un lujo, de que no era posible defraudar á la soberanía de la plebe: cuanto de más grandioso se hubiera hecho para los otros poderes, eso mismo, ó más todavía, debe hacerse para el poder que se pasea en los pórticos y que se baña en las termas. Al anfiteatro Flavio concurrieron, pues, todos los medios de engrandecimiento y de belleza de que á la sazón era posible disponer: hízose la obra *divitiarum profuso flumine*, como dice un historiador. En medio de la antigua Roma, en la confluencia de tres célebres montes — Palatino, Celio y Esquilino — y de tres vias principales — la *Suburra*, la *Sacra* y la *Triunfal*, que desde Caracalla se llamó *Nueva*. — *Vespasiano*, vencedor de la Judea, quiso levantar un monumento perenne de su propia grandeza y de la grandeza del imperio. Dos anchos vestíbulos ó corredores de travertino rodeaban la gran elipse, cuya circunferencia pasa de 560 metros, contando más de 180 el diámetro largo y 150 el transversal; cuatro órdenes de arcos, columnas y pilares sobrepuestos, correspondientes al dórico, al jónico y corintio, con medallones y estatuas á los lados de las ventanas, en número de más de doscientos, cuya total altura excedía de 180 piés, formaban la estupenda mole, que todavía, mirada desde el lado del Esquilino, causa maravilla por su esbeltez y elegancia. En su interior un espacio de 270 piés de longitud por 165 de anchura y más de 700 de circunferencia llamábase *la arena*, el lugar destinado al espectáculo; el *redondel* de nuestras plazas de toros: en la primera línea, á conveniente altura, estaba el *podium*, especie de galería ó gran palco, cubierto de las más ricas piedras, destinado á las personas distinguidas, pretores, cónsules y vestales: sobre el *podium*, al lado de Oriente, tomaban asiento el Emperador y su familia. En toda la parte superior se extendían en la forma que en nuestras plazas y cir-

cos, tres órdenes de gradas ó asientos de piedra (*precinctiones*), de 24, 16 y 10 filas respectivamente, y en la parte más alta corria todo al rededor un pórtico sostenido por columnas, que venía á ser como la corona de aquel magnífico óvalo de piedra tiburtina, apoyado sobre muros gigantescos, revestido de mármoles preciosos. Créese por muchos que fueron cuatro las entradas á la arena, sin que obste á esta creencia el no ver más que dos en la actualidad, pues sabido es que el plano de hoy, á consecuencia de la acumulacion de ruinas y de escombros, se alza algunos palmos sobre el primitivo: los ochenta arcos exteriores estaban numerados, y aún se ven, con efecto, los números romanos correspondientes á más de veinte: el haber un arco sin numeracion entre el xxxvi y el xxxvii, ha inducido á sospechar si correspondia á aquella parte que mira al Esquilino algun puente ó pórtico, que pusiera en comunicacion la casa de los emperadores Flavios con el Anfiteatro de Vespasiano, como se sabe que en otra direccion habia paso subterráneo al palacio imperial sobre el Palatino. Gran número de puertas (*vomitoria*) distribuidas en los varios ámbitos del edificio, en términos de facilitar á la muchedumbre la pronta instalacion en las respectivas gradas de los seis planos, daban asimismo fácil y casi instantánea salida á aquellos millares y millares de personas, que en la direccion del Esquilino ó del Celio, llenando las avenidas de la via Sacra, prolongaban el goce del espectáculo, revolviendo en cien conversaciones animadas la bravura de los unos, el buen morir de los otros, el aspecto meditabundo ó alegre del Emperador, la belleza comprada de las cortesanas.

El Anfiteatro representa, pues, un orden de ideas, una faz de la vida romana en sus momentos de mayor exuberancia y de más horrible extravío: el Oriente y el Occidente han contribuido á la fábrica gigantesca: todos los órdenes de la arquitectura griega, la grandiosidad colosal del Egipto, los brazos de los infelices cautivos de Jerusalem. ¿No es verdad que hay algo de misteriosamente estético y original en esta variedad de elementos, que vienen á condensarse al pié del Palatino, formando una maravilla de arte, á que sirven de corona las siete

clásicas colinas? Montaña por fuera, valle por dentro, coloso oriental vestido á la griega, el Coliseo excede á todo lo que el arte griego y el romano pudieron concebir. La Casa de Oro fué un edificio desmesurado, pero sin obedecer á un principio riguroso de unidad; como recibió acrecentamientos, asimismo sufrió disminuciones. El Anfiteatro es un gran vaso imaginado y concluido con las proporciones que tiene: cada cuatro de sus arcos bien podrian pasar por un palacio de los mayores: siendo ochenta los arcos, figurémonos veinte palacios de primer orden engarzados sin punto de union en una figura elíptica de cuatro cuerpos superpuestos, cuya cintura mide más de medio kilómetro, bordada materialmente de estatuas y de relieves, cubierta de mármoles variados, abundante en columnas y en frisos y en toda suerte de adornos.

Vespasiano y Tito, destinando á la construccion del Anfiteatro los millares de judíos que concurrieran á la pompa de su triunfo, cumplian acaso un destino providencial en la historia del pueblo de Israel. El templo de Salomon habia sido como el símbolo de la nacionalidad de aquel pueblo, y el Anfiteatro de Roma vino á ser como el testigo melancólico de su dispersion. Hay en la mision de la arquitectura algo de singular y extraño, que no puede ménos de sorprender al filósofo. Cuando Dios hubo de imponer á la humanidad un castigo más terrible aún que el del diluvio, el castigo de la confusion de las lenguas y de las ideas, que todavía dura, buscó á los hombres, afanados en construir una torre altísima que desafiaba las nubes: más tarde, cuando Dios quiso descargar su enojo sobre la raza, que fué su predilecta, la envió á Roma á labrar un monumento, que fuese la nueva torre de los señores del mundo, condenados inexorablemente á decadencia y á dispersion y á vilipendio.

El Anfiteatro es una obra anónima, como casi todas las grandes obras de los siglos. El movimiento de las ideas, el choque de las opiniones, el aliento de la vida en las épocas verdaderamente críticas de la historia, produce una invisible emanacion de efluvios, que un dia, ó á la voz de un hombre de genio, ó al impulso del azar, se condensan y toman cuerpo, como

brotan en medio del desierto flores, cuyos gérmenes lleva de todos los confines el aire de las montañas, como surgen islas del seno alborotado de los mares. Los siglos son autores que no han menester firmar sus obras: porque las obras son los verdaderos autógrafos de los siglos. El espíritu de la Edad Media se recoge, se sintetiza, como decimos ahora, en un monumento visible, en un gran monton de piedras, y resulta la catedral de Colonia. El genio español toma cuerpo en la poesía, quiere construirse un alcázar de gloria más duradero aún que los edificios de piedra, y aparecen el *Poema del Cid* y los *Romanceros*. La civilización árabe, desarrollada y floreciente en el Mediodía de España, pide á la arquitectura la traducción de sus propios cantares y de su ardiente pensamiento, y como al contacto de una vara mágica, en la más hermosa vega del mundo surge con sus encajes de mármol el palacio de huries de la Alhambra.

Ya veis cuántas obras sin firma, ó por mejor decir, cuán magníficas firmas las de esas obras. En las columnas de la mezquita de Córdoba y en las primorosas labores de la Alhambra hay multitud de invisibles líneas, que dicen «Civilización árabe»: el *Poema del Cid* y los *Romanceros* van suscritos «Pueblo español»: en la catedral de Colonia hasta las piedras repiten «Edad Media»: el Coliseo lleva una firma parecida: «Imperio romano.»

Cuando los anticuarios se han empeñado en buscar á todo trance al arquitecto del Anfiteatro, sólo han podido descubrir una lápida sepulcral en la iglesia de Santa Martina, lápida traída de la via Nomentana, en la que se da noticia de un Gaudencio, cristiano, martirizado en tiempo de Vespasiano, á pesar de haber sido autor de la obra más notable, de la que era gloria de la ciudad. De todas suertes, si el Coliseo no fué construido por un mártir, lo fué, sin duda alguna, para los mártires, y en sus muros sombríos se refleja la triste historia de las persecuciones en los tres primeros siglos de la Iglesia.

El Anfiteatro no era un edificio aislado, más ó menos importante; no era sólo una maravilla arquitectónica; era una especie de institución, y en este sentido habia otra porcion de

edificios ó dependencias en derredor suyo, que formaban parte de aquel gran palacio, donde se aloja la displicente soberanía de un pueblo de mendigos. ¿Veis aquellas ruinas de la Edad Media, llamadas la torre *di Conti*, no léjos del Anfiteatro, entre la plaza *delle Carrette* y la via Alejandrina? Pues ahí estuvo el templo de la Tierra, *Templum Telluris*, el templo consagrado á la fecundidad de la naturaleza: aquél era una especie de pretorio del Coliseo: allí hacian su última estacion los mártires: ¡poética armonía! Desde el impuro templo de la Tierra vislumbran los predestinados la claridad esplendorosa del cielo. Más cerca aún del Coliseo, estuvo el *Lago del Pastor*, una fuente de ancho pilon, donde alguna vez aplacarían su sed los condenados al suplicio: allí, sobre la piedra llamada *Scelerata*, se pronunciaba el último pregon y se anunciaba el horrible programa del tormento, y aún el destino ulterior del cadáver, el bárbaro suplicio de ultratumba: en aquel triste lugar comenzaba para los cristianos el castigo de flagelacion. Marcial, en uno de sus epigramas, nos da las señas exactas de las vecinas tiendas (*tabernola*), donde se vendian las cuerdas de azote, cuyo consumo estaba en proporcion del número de los esclavos. Donde ahora vemos junto al Celio el convento de los *Cuatro Coronados*, fué el cuartel de los soldados, que hacian el servicio del toldo en el Coliseo: no léjos estuvo el *Ludus matutium*, especie de escuela, donde hacian sus ensayos los gladiadores. En el subterráneo del convento de los padres pasionistas veremos luégo los restos del gran *Vivario*, ó depósito de fieras, donde en diversas épocas se han encontrado huesos de animales extranjeros: los huesos de algunos osos del África ó de algunos leones de la India se han conservado más tiempo que las cenizas de los emperadores que los hicieron venir, siquiera estos emperadores construyesen palacios fúnebres para asegurar la inmortalidad de su nada: en las ruinas del mausoleo de Adriano no hay ni polvo: el polvo de Neron fué ahuyentado con espanto. Si hay vanidad que resista al estudio de las ruinas de Roma, no digan los filósofos que la vanidad es endeble y cobarde; la vanidad es más fuerte que el mismo imperio romano. Prosiguiendo la vuelta al rededor del

Coliseo, mirad las suntuosas moradas de los preparadores de las fiestas, presidentes del espectáculo: en el Palatino, la casa de los Césares; en el Esquilino, la casa de los emperadores Flavios; en medio, el templo de Vénus y de Roma, expresión del genio artístico de Adriano; debajo, los restos del enorme pedestal en que estuvo la estatua de Neron, luego cambiada en simulacro del sol, y al lado, la *Meta sudante*, la gran fuente, hoy seca y solitaria, donde los gladiadores venían á lavar su cuerpo, cubierto de sudor y polvo y sangre. Junto al borde de esta fuente, y en el pedestal vecino, cayeron muchas veces los cristianos bajo el hierro de los verdugos: todo este valle es una especie de templo: la tierra de estos caminos, empapada en jugo de mártires, ha presenciado grandes actos de heroísmo; el nombre de los héroes lo sabe sólo Dios.

Figurémonos ahora el Coliseo en un día de gran fiesta: poetas y prosistas nos brindan con sus páginas: probemos á describir el espectáculo sin emplear una sola palabra que no pertenezca á testigos oculares. Bien vale la pena de sacrificar, si fuere preciso, la belleza á la exactitud, el cuadro á la fotografía.

El sol, que se levanta sobre las cumbres de Preneste, dora la faz oriental del Coliseo. Sus rayos penetran en el recinto ovalado por las ventanas del alto pórtico, dibujando cuadrados de luz sobre la superficie mate de los muros. En el interior todo aparece aún solitario y silencioso; en los alrededores comienza la animación. Multitud de esclavos conducen, con cordones de seda encarnada, sendos animales, mansos por naturaleza ó domesticados, que han de servir en los juegos de la arena. Otros animales más peligrosos, venidos de lejanas tierras, llegan en jaulas con ruedas, en jaulas literalmente cubiertas de cintas y de flores: hombres de negra faz y cabellos encrespados van detras de algunos de estos carros. Á poco llegan los soldados, que han de hacer el servicio del Anfiteatro, revestidos con clámides blancas. Junto al pedestal del coloso de Neron y de la *Meta sudans* y de los elefantes de bronce de la via Sacra, hierven los curiosos en multiplicados grupos, esperando el principio de la fiesta; en el valle y en los montes vecinos

despiértase la agitación: de cerca y de lejos, ruidos á la vez indistintos y significativos, las primeras palpitations de aquel mundo, los primeros silbidos de aquel huracan de furor y de alegría, que va á desencadenarse y á rugir en los ámbitos del Coliseo.

Algunos personajes, con aire grave y preocupado, penetran en el interior; son los inspectores y procuradores de los juegos; van á examinar si está todo bien dispuesto, si se han tomado todas las prevenciones; sobre todo van á inspeccionar el estado de la arena; que no es sino de arena el pavimento; en ella el pié de los combatientes sienta mejor; y además la arena bebe la sangre á medida que la recibe; un piso de piedra sería imposible; pronto se convertiría en lago; una nueva capa de arena de vez en cuando renueva el piso, y reaparece seco y brillante. Calígula y Neron han encontrado prosáico este medio; y han hecho poner sobre la capa de arena comun otra compuesta de bermellon ó de esmalte verde, y aún de limaduras de piedras preciosas; el bermellon era bueno para disimular y poetizar el color de la sangre; otras veces, merced á una cubierta de piedra especular molida, la arena tomaba el aspecto de una superficie nevada, y con los rayos del sol, de una inmensa lámina de nácar.

Otros preparativos se hacen en lo alto del edificio, en toda la circunferencia del pórtico superior: unas especies de postes perpendiculares, separados por el intervalo de algunos piés, atraviesan unos grandes agujeros practicados en la cornisa, que apoyan su extremidad inferior en anchas piedras salientes: en la extremidad superior se ven grandes poleas con cuerdas: coronando la altura de este pórtico, donde el aparato descrito semeja una fila enorme de palos de navío, hay un gran número de marineros, bien ejercitados en la maniobra de las velas: diríase que el Anfiteatro es una embarcación colosal, donde la fortuna de Roma boga por el mar de placeres fabulosos con rumbo cierto hácia los horrores del naufragio. Á una señal convenida, cuando amenaza lluvia ó molestan demasiado los rayos del sol que inunda de luz las colinas, adviértese un gran movimiento en las filas de marineros y mecánicos: